

La calle para el jueves 16 de diciembre de 2010
Diario de un espectador
El ferrocarril literario
Miguel ángel granados chapa

Aunque es economista, a Sergio Ortiz Hernán los ferrocarriles le interesan no sólo como medio de transporte, Además de libros contruidos a partir de su perspectiva profesional, escribe otros a la luz de la literatura. Desde ese punto de mira escribió *Y López Velarde también se subió al tren*, un ensayo sobre el autor de "La suave patria", donde se recuerda que en la inmensidad del territorio mexicano "el tren va por la vía/ como aguinaldo de juguetería". Y ahora, al cabo de una exhaustiva lectura de las novelas y relatos de ese médico provinciano ha dado a la luz su obra crítica y biográfica titulada *Mariano Azuela, creador del ferrocarril como personaje en las letras mexicanas*.

Es una lástima que cerebros de muy corto alcance y manos muy largas hayan cancelado los trenes de pasajeros en México, dejando a salvo sólo un par de líneas turísticas, como el que desciende de la sierra tarahumara a la costa sinaloense, el Chepe, el Chihuahua-Pacífico. De lo contrario, se disfrutaría doblemente la lectura, a bordo, de la obra de Azuela y la de este amoroso destilado que es el libro de Ortiz Hernán.

Azuela se formó, de modo simultáneo, como médico y como escritor. Para ejercer aquella profesión hizo estudios universitarios, no para la segunda, en que sólo sus lecturas, su talento y su constancia lo hicieron florecer. Era un joven interno en el hospital de Guadalajara cuando publicó sus primeras narraciones y estampas, agrupadas después en el libro *Impresiones de un estudiante* y aparecidas una a una en el periódico *Gil Blas cómico*. De uno de esos relatos, "La campana sonó" proceden estas líneas, descubiertas por Ortiz Hernán como la primera presencia ferroviaria en la literatura del primer Mariano Azuela:

"La campana sonó, y de los émbolos por entre las ruedas delanteras salió un chorro blanco de vapor de cada lado de la locomotora. El movimiento de la estación alcanzó su mayor grado; véñse las cabezas apiñándose frente a las ventanillas de los coches por donde asoman caras con las más variadas expresiones: tristes y llorosas las unas, sonrientes otras, muchas impasibles; blanquean los pañuelos, manos que se estrechan con efusión. Entre los murmullos de voces percíbanse las recomendaciones de saludos y los llantos más comprimidos. Chocan las cadenas, las ruedas giran, balancéanse los coches y el tren marcha dejando un hormiguero de gente sobre el patio de la estación"

Más de una década después, en 1909, cuando Azuela había vuelto a su natal Lagos, en los Altos de Jalisco, pone a uno de sus protagonistas a bordo: Sintetiza Ortiz Hernán: "Luego de un fatigante recorrido ferroviario por tres días, un obrero textil y su joven amante llegan a Rincón Grande,

‘famoso por suelo y ambiente’, propicios para sanar a los tísicos. El trabajador está en las últimas, pues es víctima del polvillo de algodón ‘que a la fuerza se mete a las narices, a la boca y reseca la garganta’, de todos los operarios”.

El propio Azuela hace hablar a su protagonista:

“--¡Qué sed!. El polvillo me ahoga, que se paren las máquinas, que el maquinista cierre el vapor. Pero no, no puede ser, dice ese señor gordo y colorado que va pasando muy contento. (Y el recuerdo persiste en la agonía): mi vecino está tosiendo, tose mucho desde que empezó a toser y escupió sangre; desde que se le llenó la boca de sangre no ha dejado de toser.

“¡Pobre, cómo se ha enflaquecido!..”